



**Gonzalo Sobejano**

## **Novelistas de 1950 al final del siglo**

Entre 1975 y 1995 han comparecido varias promociones de novelistas a los que, como representativos de la última novela española, atiende principalmente este número monográfico.

La finalidad de los párrafos siguientes no es otra que recordar la participación que en el desarrollo de la novela entre esas fechas han tenido algunos autores que publicaron sus primeros escritos -empezando así a darse a conocer- en los años cincuenta (los años de Los bravos, El Jarama o Nuevas amistades).

Mencionaré trece nombres, por orden alfabético, que es el orden más inocente: Ignacio Aldecoa, Juan Benet, José Manuel Caballero Bonald, Miguel Espinosa, Jesús Fernández Santos, Juan García Hortelano, Juan Goytisolo, Luis Goytisolo, Juan Marsé, Carmen Martín Gaité, Luis Martín-Santos, Ana María Matute, Rafael Sánchez Ferlosio.

Duele comprobar que la mitad de estos «niños de la guerra» hayan ido sucumbiendo al embate de la muerte: Martín-Santos, 1964; Aldecoa, 1969; Espinosa, 1982; Fernández Santos, 1988; Hortelano, 1992; Benet, 1993. Y entristece que novelista tan fecunda antes de 1975 como Ana María Matute no haya publicado apenas obra nueva desde entonces, aunque la memoria de su labor, como la de Martín-Santos y la de Aldecoa, está muy lejos de haberse borrado en el curso de estos años. Durante ellos Espinosa y Benet

dieron lo mejor de sí mismos, y Fernández Santos y García Hortelano algunos de sus más apreciables esfuerzos. En cuanto a los sobrevivientes, su actividad no ha cesado.

Permítanse, desde el anunciado punto de vista, los siguientes breves anales.

1975. Publican sus primeros libros Eduardo Mendoza y Juan José Millás, jóvenes entonces en quienes cierta crítica posterior ha visto encarnado el impulso a la «nueva narratividad» o recuperación de la novela de buen argumento amenablemente referida. Mendoza cumplía sin duda tal designio, ya que *La verdad sobre el caso Savolta* gustó pronto y sigue deleitando a una selecta mayoría. *Cerberos son las sombras*, de Millás, confesión infernalmente desolada, no arrancaba del mismo empeño. José Carlos Mainer edita *Tiempo de destrucción*, novela preferida por Benet a la primera y resonante de su amigo Martín-Santos, con razón pues se trata de un alto ejemplo de Bildungsroman y de un texto en el que, hacia el final, surgía un lenguaje de creatividad irracional insondable. En *Juan sin tierra*, Juan Goytisolo lleva a culminación su ciclo más innovador (de la novela «estructural» a la «escrítica») superando el experimentalismo tan pregonado hacia 1972 -Leyva, Azúa y otros- mediante una diversidad paródica que irradia su sarcasmo a todo el mundo español, europeo y occidental.

1976. Empiezan su camino autores jóvenes como José María Merino o Lourdes Ortiz. En *Los verdes de mayo hasta el mar* despliega Luis Goytisolo su magno proyecto metafictivo iniciado con *Recuento* tres años antes. Edítase en España la novela de Marsé *Si te dicen que caí* (de 1973), testimonio de la Barcelona de postguerra más emotivo e inventivo que el confeccionado por Mendoza sobre «el caso Savolta» para otra época de la ciudad menos próxima.

1977. Juan Benet publica *En el estado*, texto absurdista si se mira atrás o posmoderno si se mira adelante; novela única, en cualquier caso. Aparecía ese año *Visión del ahogado*, de Millás, con espaciados ecos de la prosa benetiana y nuevas modulaciones: trama policiaca, estrechez espacio-temporal, tensa brevedad, dificultad atenuada. (Millás no ha sido apenas adelantado de la narratividad complaciente, y esto le acerca a los novelistas del 50, sin perjuicio de su genuinidad en lo tormentoso y relampagueante de las obsesiones exploradas).

1978. A mercados cada vez más abiertos arriban obras muy estimables de Delibes, Fernández Santos, Marsé, Javier Marías y otros varios. Carmen Martín Gaité, en *El cuarto de atrás*, acierta a concordar memoria y fantasía en un resultado interlocutivo muy bien acogido dentro y fuera de España. Novela de intensa sinceridad erótica es *El mismo mar de todos los veranos*, de Esther Tusquets, en su diferencial lenguaje femenino y en su lucidez a un tiempo mitológica y atestiguadora (cabe comparar a Esther Tusquets, incluso por razones de edad, con Luis Goytisolo).

1979. Rosa Montero: *Crónica del desamor*; Álvaro Pombo: *El parecido*. La novela de éste, producto de un escritor reflexivo y refinado, preso en la problemática del chantaje en torno a la homosexualidad (variaciones sobre la culpa); la de aquélla, fruto rápido de una joven escritora del 68 atenta al desmán explicable de sus compañeros de entonces y a las tribulaciones de la mujer discriminada (otras variaciones sobre el mal).

En La cólera de Aquiles entrega Luis Goytisolo la pieza acaso más compleja de su tetralogía, sublimando en crítica universal la sátira de una sociedad tan concreta como la de las playas de Cataluña en las calendas del desarrollo.

1980. Publica Juan Benet Saúl ante Samuel, cumbre de la novela poemática, la mejor novela española del siglo XX (para quien esto escribe). Makbara, de Juan Goytisolo, es otra cúspide: de la «antinovela»; estridente ruptura. Mientras Gonzalo Torrente Ballester, en La isla de los Jacintos Cortados, mantiene abiertas las esclusas hacia la fantasmagoría libérrima, reaparece Miguel Espinosa, con La tríbada falsaria, invitando a transformar la más mísera anécdota en objeto de glosa multiplicable al infinito y digno de eterno comentario «demasiado humano». (Diría que es la hazaña más alta de este tiempo, aunque nadie pudiera descubrirla).

1981. Luis Goytisolo corona en Teoría del conocimiento su tetralogía, gran teatro del mundo y generosa enciclopedia de estructuras y conductas. Cabrera, de Fernández Santos, con su anterior Extramuros, coadyuva al interés que por la novela histórica -exótica en el tiempo- sienten escritores más jóvenes, entre los cuales acentúa el exotismo espacial Jesús Ferrero (Bélver Yin) y ofician sugestivos contrapuntos de realidad e irrealidad Guelbenzu (El río de la luna), Merino (El caldero de oro) y Millás (El jardín vacío).

1982. Mientras Lourdes Ortiz publica una excelente novela histórica (Urraca) o Vaz de Soto termina su ciclo de novelas dialogales psicoanalíticas, tres autores del 50 señalan su presencia: Marsé perfeccionando el testimonio transido de poesía en Un día volveré, Hortelano extremando hasta la caricatura surrealista el modo metafictivo en Gramática parda y Juan Goytisolo en Paisajes después de la batalla haciendo trizas un relato autosatírico concebido como fábula sin moralidad y geografía del exilio en el cual, como observa Randolph Pope, se enfoca «el cambio, la sustitución, la dispersión y lo inconexo»<sup>1</sup>.

1983. Predominan, como es natural, los jóvenes (Marías, Millás, Pombo), y el acontecimiento más singular es la edición de Larva, del también joven Julián Ríos, «orbilibro» de una evidencia escritiva o lingüística insuperable. No permanecen ociosos, sin embargo, los preanteriores (Cela, Delibes) ni los anteriores: Benet da principio a Herrumbrosas lanzas, crónica de guerra que mostrará a maravilla cómo la historia deviene novela y la novela se pierde o se derrama en la historia, salvadas ambas por el encanto de la palabra y el poder musical de la imaginación.

1984. Cunden las varias especies destacadas luego por críticos como Darío Villanueva, Santos Sanz Villanueva y Óscar Barrero Pérez<sup>2</sup>: nueva narratividad, metanovela, novela generacional, novela histórica, exótica, policiaca, intimista, light, irrealista-fantaseante, y sus corifeos son jóvenes o nuevos: Eduardo Alonso, Molina Fox, Pombo, Sánchez-Ostiz, Andrés Berlanga, Alejandro Gándara, Raúl Ruiz, y Guelbenzu, y Vázquez Montalbán. Sutil novela metafictiva, fuera ya de su tetralogía, es Estela del fuego que se aleja, de Luis Goytisolo. De Miguel Espinosa, muerto dos años antes, publíquese La tríbada confusa.

1985. Junto a nuevas obras de los antecitados como jóvenes, y de otros aún más jóvenes (Aldelaida García Morales o Ignacio Martínez de Pisón), entre las que destaca La orilla oscura, de Merino, hay que recordar la

continuación de *Herrumbrosas lanzas*, la póstuma salida de *Asklepios*, de *Espinosa* (autobiografía mítica y teoría y elegía de las edades del hombre), y la aparición de *Coto vedado*, texto en el que *Juan Goytisolo* emula las confesiones de *Rousseau* poniendo al descubierto la mañana de su vida.

1986. Pueblan este año editorialmente autores de las promociones jóvenes como *Azúa*, *Ferrero*, *Gándara*, *Mendoza*, *Lourdes Ortiz*, *Soledad Puértolas*, *Pombo*, *Mateo Diez*, *Raúl Ruiz*, *Gabriel y Galán*, *Marías*, *Merino*, *Tomeo* o el novel *Antonio Muñoz Molina*. En los reinos de taifa se titula la segunda entrega de las confesiones de *Juan Goytisolo*, y *Benet* prosigue (pero no concluirá después) *Herrumbrosas lanzas*. Edítase en *Murcia* el texto unitario y definitivo de *Tríbada*, de *Miguel Espinosa*, cuya personalidad y obra empiezan a conquistar un lectorado cada vez más atento. *Rafael Sánchez Ferlosio*, activo sólo como ensayista en años anteriores, reaparece como narrador en *El testimonio de Yarfoz*, imaginada historia arcaica de una grandiosidad clásica que, sin interdependencia ninguna, pudiera relacionarse casualmente por más de un motivo con la espinosiana *Escuela de mandarines*, de 1974.

1987. Triunfa *El invierno en Lisboa*, de *Muñoz Molina*, novela en que convergen casi todos los rasgos del paradigma favorecido: narrativa seductora, exotismo o cosmopolitismo, síntoma generacional, trama policiaca, cierto alejamiento en el tiempo, cinematografía al fondo y en la superficie (todo ello en muy buena y alentada prosa).

1988. Surgen más autores jóvenes: *García Montalvo*, *Enrique Murillo*, *Vila-Matas*. *El desorden de tu nombre*, de *Millás*, aunque en apariencia dueña de los atributos del paradigma (metanovela, bien contada, semblanza generacional, intriga policiaca, otros), impresiona hondamente como pesquisa en el enigma de la identidad. *Cela en Cristo versus Arizona* y *Juan Goytisolo en Las virtudes del pájaro solitario* educen sendas muestras de «antinovela» que, no obstante las diferencias, se asemejan en lo excesivo de la desintegración, lejos de la atemperada sencillez de los nuevos.

1989. Es el año de *Juegos de la edad tardía*, de *Luis Lauderó*, admirable historia que vence (encanta) y acaso no convenza (satisfaga) a quienes noten el demasiado peso de *Cervantes* y de *García Márquez*. Brindan novelas de menos espesor (júzguese como se quiera esta tenuidad) *Conget*, *Delgado*, *Marías*, *Muñoz Molina*, *Tomeo* y otros varios. *En la penumbra*, de *Juan Benet*, es un poema genialmente estrafalario, una delicia narrativa adrede difícil (nada plúmbea: liviana), magia frente a lógica, imaginación que se burla del intelecto.

1990. Aunque en estas fechas publica *Juan José Millás* dos novelas de hondo planteamiento y límpida forma (*Volver a casa*, tal vez demasiado escueta a la manera «nivolesca» de *Unamuno*, y *La soledad era esto*, más ambiental, matizada y abierta), y aunque *García Morales*, *Pombo*, *Sánchez Ostiz*, *Montalbán* o *Zarraluki* sostienen muy alta la bandera de los jóvenes (algunos, ya apenas tales), la obra maestra sería, a mi ver, *La fea burguesía*, del desenterrado *Miguel Espinosa*: irónico debate trascendental (pero tan ameno como el *Decamerone*) entre un mudo *Cristo* de pueblo y un gárrulo *Satán* de la clase diplomática que cuanto más habla para explicarse a sí mismo y defender a los suyos, tanto más se inculpa y los escarnece.

1991. Azúa, Mateo Díez, Gabriel y Galán, Guelbenzu, Mendoza, Muñoz Molina (con su tan celebrado El jinete polaco), Savater y, desde luego, Francisco Umbral y José Luis Sampedro (uno y otro incomparablemente fecundos a lo largo de la veintena) ocupan este año. Recordaré El caballero de Sajonia, el último relato de Juan Benet, abrupto, crispado, original, inolvidable.

1992. Continúan en la brecha Paloma Díaz-Mas, Manuel Longares, Martínez de Pisón y otros varios. Caballero Bonald, cultivando siempre su campo andaluz y universal, publica Campo de Agramante. Carmen Martín Gaité brinda en Nubosidad variable una imagen sinóptica de la mujer entre su letargo en el matrimonio y su urgencia de libertad creativa a través de la amistad con otra mujer y de su voluntad de escribir. En Estatua con palomas Luis Goytisolo yuxtapone la autobiografía esperablemente fidedigna y la historia antigua (Tácito) metamorfoseada en novela, alcanzando mediante este cotejo un resultado literario de asombrosa energía contrastiva y comparativa. En novelas de Álvaro Pombo como El metro de platino iridiado (1990) y de Javier Marías como Todas las almas (1989) y Corazón tan blanco (1992) reconoce un crítico muy competente textos cuya escritura es en sustancia «pensamiento en la acción, el pensamiento de la acción», otorgándoles categoría comparable a la obtenida años atrás por La colmena, El Jarama, Tiempo de silencio, Señas de identidad, Volverás a Región o Antagónica<sup>3</sup>.

1993. Alonso, Aparicio, García Sánchez, Pombo, Vila-Matas. Corregida poco antes de la muerte de su autor, se publica Saúl ante Samuel, obra lírica, épica, dramática y meditativa que tardará en ser considerada quién sabe cuántos años como la más honda, nueva y elocuente novela española de la época.

1994. Ni Atxaga, ni Azúa, ni García Morales, ni Montalbán, Muñoz Molina, ni otros superan lo ya realizado. Caballeros de fortuna confirma la gracia narrativa de Luis Landero y su humor humanísimo.

1995. Recapitulación sinfónica de la narrativa de Juan José Millás hasta el momento, Tonto, muerto, bastardo e invisible aparece en febrero de este año en marcha. De los novelistas del 50, los Cuentos completos de Aldecoa y unas memorias de Caballero Bonald<sup>4</sup>.

Cañidos a una pauta telegráfica, estos breves anales de cuatro lustros parecerán insuficientes, y no pueden menos que serlo. Se trataba sólo de recordar la actualidad de los novelistas de 1950 durante estos veinte años penúltimos.

Benet y Espinosa en «neonovela» innovadora, Juan Goytisolo en «antinovela» desintegrante, Luis Goytisolo en «metanovela» autorreflexiva, han exaltado la conciencia del mundo en obras de plena y radiante creatividad. Murió Aldecoa, pero no ha sido olvidado; Benet ha muerto, aunque fue incitador y maestro de muchos de los nuevos; Caballero Bonald sigue ofreciendo fábulas fecundas; Espinosa desapareció y ahora es la hora en que está más vivo en la mente y la voz de los otros; Fernández Santos no escribió en vano; Hortelano quiso y pudo mantener juventud; Juan Goytisolo no deja de sembrar arduas aventuras formales y morales; Luis Goytisolo es el luminar de la metaficción consustantiva; Marsé, la trayectoria de una pasión testimonial sin desmayo; Ana María Matute, ese silencio que hace más diáfanos sus logros de antes (la inmarcesible Primera memoria); Ferlosio, su intempestivo clasicismo.

La actualidad de un escritor no depende de las mareas del mercado. Es efecto de un mensaje que, por esencia y presencia, abre una huella duradera o enciende una lumbre que el viento del tiempo, a pesar de su furia, no sabe apagar.  
1996.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

